



Revista de Claseshistoria

Publicación digital de Historia y Ciencias Sociales

Artículo Nº 106

13 de marzo de 2010

ISSN 1989-4988

[Revista](#)

[Índice de Autores](#)

[Claseshistoria.com](#)

MIRTA RODRÍGUEZ ACERO

El concepto de región como sistema de referencia geográfica

RESUMEN

La noción de región constituye el cimiento de la geografía humana. Para el geógrafo, regionalizar es el equivalente metodológico de la periodización para el historiador. Existen dos formas distintas de enfocar dicha noción. Por una parte tendríamos la región formal y por otra, la región funcional.

PALABRAS CLAVE

Región, Geografía, Densidades, Historiadores, Estudio.

Mirta Rodríguez Acero

Licenciada en Historia del Arte.
Directora de la Galería The Art Deco
Galery. Marbella.

[Claseshistoria.com](#)

13/03/2010

La noción de región constituye el cimiento de la geografía humana. Para el geógrafo, regionalizar es el equivalente metodológico de la periodización para el historiador. Existen dos formas distintas de enfocar dicha noción. Por una parte tendríamos la región formal, al plantear la idea de que hay fenómenos homogéneos, básicamente el medio natural, que dan unidad a cada región. Por otra, la región funcional, cuando se cree que existe un conjunto que funciona como tal desde el punto de vista económico o social, independientemente del ámbito estrictamente físico o natural. Es evidente, además, que el concepto de región puede plantearse en distintas escalas, como un país o un continente.

Ahora bien, por su influencia sobre los historiadores, aquí nos interesaremos por la región tal como la maneja la escuela derivada de Vidal de La Blanche, cuyo Tableau de la géographie de la France, de 1905, vino a ser uno de los modelos más imitados por diversas generaciones de geógrafos. Por otra parte, los discípulos de La Blanche compusieron los quince volúmenes de la monumental Géographie Universelle, en parte concebida por el maestro.

Estas obras constituyen un sistema de referencia tradicionalmente respetado y admirado. Las ventajas que justifican la elección de la región como marco privilegiado de los estudios geográficos, al punto que algunos autores llegan a afirmar que la geografía regional es la única forma válida en geografía. Aparentemente, las ventajas son de dos tipos: de estrategia de la investigación, es decir, las dimensiones y la

relativa homogeneidad de una región permiten un estudio exhaustivo que sería difícil llevar a cabo tomando unidades demasiado grandes y heterogéneas.

A través del método comparativo aplicado a regiones bien estudiadas, se puede llegar a sólidas generalizaciones. La finalidad de la geografía humana consiste en estudiar las acciones e interacciones entre los grupos humanos y el territorio: es al nivel de la región que tales relaciones se perciben más significativamente, ya que en espacios más vastos tienden a diluirse en generalidades menos específicas.

Naturalmente, para que las virtudes del enfoque regional se cumplan, es menester definir adecuadamente la región que será tomada como universo de análisis. Y es aquí donde empiezan las complicaciones, pues no es fácil establecer criterios con los cuales todos puedan estar de acuerdo. La dificultad proviene del hecho de que la región geográfica debe estar definida a la vez, por un conjunto de interrelaciones diferentes, relativas: a elementos del espacio físico, como relieve, geología, clima, biogeografía...o sea, a una región natural; a una red espacial de actividades y contactos humanos y a la relación entre las dos series de fenómenos y procesos.

Ahora bien, no existe ninguna garantía de que se dé necesariamente una coincidencia entre la región delimitada según el medio ambiente natural, y la región definida antropológicamente, aún admitiéndose que ambos tipos de criterios no están aislados entre sí. Y con frecuencia, será preciso tomar en cuenta los recortes administrativos típicos de diversas épocas, ya que los datos disponibles se referirán a tales límites, y sólo en ciertos casos afortunados será posible reagruparlos partiendo de unidades administrativas más pequeñas, a fin de que se adapten a las regiones consideradas reales por el investigador.

De hecho, la única manera posible de usar con provecho la noción de región consiste en definitiva operacionalmente de acuerdo a ciertas variables e hipótesis, sin pretender que la opción adoptada sea la única manera correcta de recortar el espacio y definir bloques regionales. Las razones son principalmente dos: en el fondo, toda delimitación territorial es una abstracción, una simplificación de una realidad más compleja para finalidades de investigación o de acción práctica. Además, las relaciones entre el hombre y el espacio, que en principio sirven de base a la definición regional, no son inmóviles, cambian en el tiempo según los grados variables de organización y explotación del medio ambiente por el grupo humano mejor o peor armado de fuerzas productivas.

Por estos motivos, sería absurdo querer recortar el espacio de una vez por todas en regiones unívocas y definitivas, como parece haber sido la pretensión de la geografía tradicional derivada de Vidal de La Blache: éste nunca definió de manera operacional sus regiones, sino que las presentó como verdaderos datos sustantivos, evidentes y permanentes. Existe otra tendencia que consiste en sustituir la investigación de un espacio finito por la de un complejo de flujos y tensiones, con centros de impulsión y de comando: pero esta teoría del espacio polarizado no permite representar a la región en términos de una superficie delimitada.

Recientemente, la región tal como la usa la escuela geográfica francesa ha sido el objeto de la crítica radical de Yves Lacoste. La Crítica interesante, aunque no siempre justa y equilibrada. Para Lacoste, el concepto de región heredado de Vidal de La Blache, es un concepto obstáculo, al privilegiar una de las formas posibles de recortar el espacio, dando a entender implícitamente que no existen formas alternativas. Por otra parte, lejos de ser una manera exhaustiva de abordar el estudio geográfico, sería el resultado de una discreta pero estricta selección de los hechos

incluidos en el universo de análisis, lo que implica por lo tanto, la exclusión u olvido de otros fenómenos tanto o más importantes.

El punto central de la crítica de Lacoste es que la realidad principalmente la de nuestros días, impone el reconocimiento de espacialidades diferenciales, de dimensiones y significados variados, cuyos límites se recortan y superponen, de tal manera que, estando en un punto cualquiera, no estaremos dentro de uno, sino de diversos conjuntos espaciales definidos de diferentes maneras, mediante elementos de la geografía física, de la red de transportes, del mercado de capitales, etc.

Algunos de esos conjuntos espaciales definidos de diferentes maneras, mediante elementos de la geografía física, de la red de transportes, del mercado de capitales, etc. Algunos de esos conjuntos espaciales o regiones, sólo pueden ser percibidos en mapa a gran escala, o por el contrario a pequeña escala. En otras palabras, las diferentes escalas de representación son, a la vez, diferentes niveles de conceptualización de la realidad espacial, todos necesarios: al privilegiar una región, perceptible en una escala dada, estamos escamoteando otras regiones o conjuntos espaciales de igual o superior importancia.

En suma, lo que propone Lacoste es abandonar el proyecto de recortar la superficie del globo en regiones unívocas y definidas para siempre, en favor de la definición operacional de numerosos tipos de regiones, cuyas dimensiones y significados serán variados y complementarios a manera de posibilitar el entendimiento y la manipulación de las especialidades diferenciales, particularmente complicadas en el siglo XX.

El contacto íntimo y prolongado de los historiadores con la geografía humana constituye una primera explicación del desarrollo de la historia regional. Existen, sin

embargo, otras razones, más específicas del mismo trabajo histórico. Goubert explica así la expansión de los estudios histórico- regionales: la región constituye una unidad de análisis apropiada, en la medida en que, hasta el siglo XVIII, la vida cotidiana estaba más marcada por la región que por la nación o por marcos aún más vastos.

El estudio regional permite que un único historiador trabajando de manera artesanal, utilice la totalidad de la documentación disponible. Es posible seguir, en la larga duración, la evolución de una comunidad regional en diversos niveles estructurales: demográfico, económico, social, ideológico...cosa nada fácil para todo un país, Con frecuencia, en Francia, tal análisis se complementa con útiles estudios de una familia de comerciantes, una clase o capa social, una compañía, etc. cuyos vínculos con la región estudiada originan su elección como tema.

Las dos últimas razones dadas por Gourbert son válidas para América Latina. La primera, que sería una razón más sustantiva, no lo es en todos los casos: la historia colonial latinoamericana aparece frecuentemente marcada por la movilidad, por las migraciones, or los trasplantes de población, por las fronteras móviles de diversos tipos; no siempre es posible pensarla en términos de comunidades más o menos estables y homogéneas, como se puede hacer en el caso de la Europa Occidental de la misma época.

Es posible, también, ligar la boga de la historia regional a un movimiento más profundo, que afecta a varios sectores de la investigación histórica. Se trata de la voluntad de controlar los datos globales disponibles para todo un país, y que en realidad son agregados o promedios de datos menores, a través del estudio en un nivel más reducido: región, parroquia, rama industrial o agrícola, empresa...y de la comparación de los casos así definidos, loque permite percibir una realidad bastante más compleja y que los promedios ocultan.

El historiador delimita los casos a estudiar según tres criterios, según Vilar. Uno es el espacio. Lo ideal sería un universo de análisis, -la región-, dotado de personalidad geográfica, de homogeneidad. El segundo, el tiempo, es decir, la necesidad de un corte temporal adecuado, que englobe el proceso estudiado, pero también sus condiciones previas y sus consecuencias más próximas. El tercer criterio es el marco institucional: la unidad de estudio puede no estar definida solo por criterios políticos, pero la necesaria homogeneidad de las fuentes vuelve deseable un marco institucional sólido.

El historiador debería, por su formación, ser especialmente sensible a los cambios temporales de la espacialidad, a su variación social y delimitar así adecuadamente sus regiones de acuerdo a la época y las finalidades del estudio. Sabe que por ejemplo el sentido social de lo que está cerca o lejos no coincide con la distancia matemática o geográfica: por el régimen de los vientos y corrientes, las Antillas quedaban más cerca de Europa en la ida que en la vuelta.

Una aldea ligada por el ferrocarril a la ciudad que en la vuelta y una aldea ligada por el ferrocarril a la ciudad está más cerca de esta que un pueblo aislado, aún si la primera está a cien kilómetros de la aglomeración urbana y el segundo a sólo veinte kilómetros. También podríamos esperar que percibiese bien las variaciones de la dialéctica hombre-naturaleza en el tiempo. En la práctica, sin embargo, la delimitación de las regiones que estudian los historiadores parece imponérseles desde fuera. O sea, toman las regiones como datos, sin poner en duda la validez de sus límites, normalmente administrativos y por tanto variables según los períodos y de su contenido geográfico.

Esto significa que los factores institucionales, al incidir sobre las fuentes, han constituido de hecho un elemento decisivo en la elección y delimitación de la región a estudiar, pesando más que otras consideraciones aparentemente más sustantivas.

Meuvret señala que, en estudios agrarios de tipo histórico, geógrafos como Dion, Musset, Faucher, de hecho escaparon ampliamente al marco regional como antes se lo entendía. Comenta, al respecto, que relativamente a las primeras esperanzas, la noción de región, unidad viva y original, sin perder esperanzas, la noción de región, unidad viva y original, sin perder toda realidad, ya no parece tener la misma virtud explicativa.

Las delimitaciones espaciales de los sistemas agrarios y técnicos son complejas y variables a lo largo de los siglos y la región elegida suele constituir apenas un ejemplo típico, una iluminación en detalle de fenómenos y procesos que de hecho son bastante más amplios que ella. Podemos resumir esta observación de Meuveret diciendo que el marco regional puede ser útil, con la condición de trascenderlo, de no limitarse a él exclusivamente, de saber integrarlo en totalidades más vastas.

Existe por lo menos un motivo específico, además de las razones generales ya mencionadas, para que el enfoque regional sea particularmente útil en historia de la agricultura. Ciertas razones generales ya mencionadas, para que el enfoque regional sea particularmente útil en la historia de la agricultura. Ciertas razones de orden natural y social explican no solamente la lentitud relativa de la evolución del sector agrícola y su atraso con relación al sector industrial, sino también que la agricultura esté sometida a grandes diversidades regionales: las condiciones físicas y ritmos propios que el medio ambiente impone en gran medida a la producción agrícola.

Y el hecho de que los agricultores, más numerosos, más dependientes de las condiciones naturales y en general disponiendo de menos capitales que los industriales, se adaptan y evolucionan más lentamente. Naturalmente, esto es bastante menos aplicable a la agricultura industrializada altamente tecnificada, pero ésta es todavía algo excepcional si observamos la Tierra en su conjunto.

Las consideraciones de las últimas páginas deberían prevenirnos contra la ilusión que consistiría en querer definir regiones agrícolas contra la ilusión que consistiría en querer definir regiones agrícolas definitivas y bien delimitadas: sus límites, nunca perfectos, deberán también ser móviles en el tiempo.

Los criterios del historiador aparecen siempre predominantemente ligados a las estructuras del grupo humano, económicas, sociales, administrativas, etc, más que a la región natural. Ya hemos visto que los dos criterios no tiene por qué coincidir exactamente en el espacio.

En ciertos casos, la diversidad extrema de medios ambientes se impone al estudio regional: así, por ejemplo, ocurre en el estudio llevado a cabo por Murra sobre comunidades andinas que explicitaban los recursos de múltiples pisos ecológicos, es decir, de tierras ubicadas en diferentes altitudes y que por ello ofrecían posibilidades distintas y distintos recursos. Lo que importa es definir operacionalmente la región y saber integrarla en un conjunto significativo. El enfoque regional no es un método, sino una opción en cuanto a la delimitación del universo de análisis.

Recetas al respecto no hay, o mejor no funcionan, como lo de muestra el fracaso de los intentos de aplicar en el continente americano, donde las estructuras de espacialidad, las distancias en su sentido social, las densidades humanas, el espesor

histórico, etc. son bastante diversos de los que encontramos en Europa, criterios que habían dado resultados relativamente buenos en el viejo mundo.

BIBLIOGRAFIA

- BORAH, W. Ensayos sobre la población. México. 1978.
- FURET, F. La Historia quantitative et la construction du fait historique. ESC. París. 1971.
- GIBSON, Ch. España en América. Colonización y ocupación del suelo. Opus Ed. Barcelona. 1970.
- GOUBERT, P. Local History. Daesdalus. París. 1971.
- LACOSTE, Y. La géographie. Maspero. París. 1976.
- MÖRNER, M. Actividades políticas y económicas de los jesuitas en el Río de la Plata. Paidós, Buenos Aires. 1968.
- MURRA, V. El control vertical de la economía de las sociedades andinas. Huanuco. México. 1972.
- PRADO, C. Historia Económica del Brasil. Futuro. Buenos Aires. 1960.